

Mensajero del Archivo Histórico

Juan Agustín de Espinoza, SJ
de la



Vicerrectoría Académica
Torreón, México. 30-I-2004

Buzón electrónico: sergio.corona@lag.uia.mx

Página web del Archivo: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>

Mensajero. UNESCO: Internet resources, publications, periodicals

http://www.unesco.org/webworld/portal_archives/pages/Internet_Resources/Publications/Periodicals/more2.shtml

Ediciones anteriores del Mensajero:

<http://www.lag.uia.mx/publicaciones/mensajero/catalogo-mensajero.htm>

Mtro. Quintín Balderrama López S.J. Rector
Mtro. Carlos Portal Salas. Vicerrector Académico
Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinador del Archivo Histórico

número **64**

ÍNDICE

	página
Noticias del Archivo Histórico	2
Time is money... La ciencia histórica en las instituciones superiores de investigación y educación en México	3
El Mostrador. Heriberto Yépez: un niño deslumbrante	7
Del origen de la corriente humanista en psicología	12
Libros del Archivo Histórico	15

Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez Alemania * Argentina * Brasil
Canadá * Colombia * Chile * España * El Salvador * Estados Unidos de Norteamérica * Francia
Guatemala * México * Noruega * Reino Unido * Suecia * Uruguay * Venezuela

Comité editorial del "Mensajero": Sra. Cristina Solórzano Garibay. Lic. Marco Antonio Morán Ramos.
Mtro. Jaime Eduardo Muñoz Vargas. Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

NOTICIAS DEL ARCHIVO HISTÓRICO

Nuevos fondos y servicios en línea

El Archivo Histórico JAE de la UIA-Torreón ofrece a sus usuarios información nueva en línea. Se actualizaron los fondos Francisco Gómez Palacio y Gral. Pedro V. Rodríguez Triana, de acuerdo a los avances en su catalogación a diciembre del 2003. Otros 22 fondos del Archivo ya pueden ser consultados en su totalidad. Vaya un reconocimiento al personal capturista del Archivo, a los jóvenes de servicio social y al equipo de sistemas de la UIA-Torreón por su apoyo, particularmente al Ing. Marco A. Domínguez.

También hemos puesto en línea las actas del cabildo de Torreón 1917-1964, cuyos originales están depositados en el Instituto Municipal de Documentación de Torreón. Este importante servicio para nuestros lectores es posible gracias al convenio de apoyo y asistencia mutuos firmado el 24 de agosto de 2000 entre el Ayuntamiento de Torreón y la UIA-Torreón (vigente). El Lic. Elías Agüero, actual Director del IMDT, nos prometió para un futuro el resto de las fichas.

Un nuevo y novedoso fondo, resultado del entusiasta trabajo de rescate de los jóvenes Katia Herrera y Rodrigo del Rivero, alumnos de Integración de la UIA-Torreón, es el que el Archivo Histórico pone ahora a disposición de sus usuarios. Se trata de la documentación de monumentos y epitafios (en CD) de la sección antigua del cementerio de ciudad Lerdo, Durango.

Como un servicio especial para nuestros lectores, el *Mensajero* cuenta ya con un índice general de contenido que abarca los 64 números editados hasta la fecha.

Saludos a nuestros amigos de RUMBOS

Queremos enviar un saludo especial a nuestros buenos amigos de *Rumbos*, la revista y red de información de los latinoamericanistas europeos. Saludamos asimismo a los miembros y usuarios del Consejo Europeo de Investigaciones Sobre América Latina (CEISAL) y de manera muy particular a la directora de redacción de *Rumbos*, Marie Christine Lacoste, de la Universidad de Toulouse, en Francia.

TIME IS MONEY...

LA CIENCIA HISTÓRICA EN LAS INSTITUCIONES SUPERIORES DE INVESTIGACIÓN Y EDUCACIÓN EN MÉXICO

Sergio Antonio Corona Páez¹

Una de las grandes dificultades que muchas veces impiden justipreciar el valor de la investigación histórica en algunas instituciones científicas o de educación superior en México, es que en ellas existe un enorme prejuicio sobre la naturaleza de dicha investigación y sobre su valor relativo.

Es muy común que los científicos o académicos de estas instituciones —formados muchas veces en las “ciencias duras”— consideren que la investigación histórica es mero “rollo”, un “pasatiempo cultural”. Para ellos, este “pasatiempo” quizá pudiera redimirse con la edición de algunos libros con funciones puramente estéticas y/o de entretenimiento. Con esta visión no es de sorprender que se considere que la historiografía debería estar englobada en el bloque institucional de las “relaciones públicas” o de la “cultura”.

Solamente alguien que haya sido formado en las ciencias sociales y que conozca la complejidad de la naturaleza de las relaciones del ser humano en comunidad puede entender el valor de la Historia como ciencia. Esta complejidad básica se manifiesta en la existencia de múltiples culturas² en el espacio y en el tiempo, pero no se trata solamente de un problema de comprensión, sino de autodefinición, como pasaremos a mostrar.

Un historiador científico está lejos de ser un anticuario, un ser humano que encuentra placer romántico en los restos materiales o en la representación del pasado. El historiador vive en el presente, investiga en el presente y escribe para los lectores del presente. Como la de cualquier científico, su actividad puede tener dos actitudes que se corresponden con sendas vertientes profesionales: la generación del conocimiento por el conocimiento (ciencia pura) y la generación del conocimiento con fines prácticos (ciencia

¹ Doctor en Historia por la UIA-México, Coordinador del Archivo Histórico JAE de la UIA-Torreón, catedrático en la misma e investigador del SEUIA -ITESO en la línea “Fe y Cultura”.

² Usamos el término “cultura” en su acepción más amplia. La diversidad incluye la cultura de clase o estrato social, urbana o rural, regional, nacional.

aplicada). Hay científicos que profundizan en la teoría de la historiografía,³ o que buscan generar explicaciones de fenómenos del pasado aunque no tengan una conexión inmediata con algún problema del presente. Estos historiadores pueden generar conocimientos de utilidad interdisciplinaria⁴ y también para la docencia de calidad. Después de todo, suponemos que una universidad debe contribuir al desarrollo de la sociedad generando nuevos conocimientos.

El segundo enfoque, que es el que abordo en este artículo, corresponde al historiador científico que —a partir de determinados problemas⁵ del presente— busca explicaciones de fenómenos sociales del pasado que posibiliten la solución eficaz de dichos problemas.

Los problemas sociales que nos afectan en la actualidad pueden ser crónicos y manifestarse en circunstancias y de maneras diferentes en cada generación. Usando una metáfora diremos que la sociedad es como un paciente, y el científico social es como el médico que lo atiende. Si el médico receta un paliativo para evitar los síntomas del enfermo, éste aparentemente sana, pero no tardará en presentar los mismos u otros síntomas, porque la enfermedad sigue oculta y sin diagnóstico. El historiador es el científico que debe investigar el pasado del paciente para detectar las manifestaciones pretéritas de la enfermedad. Esto le permitirá la elaboración de una historia clínica y de un diagnóstico a partir de la enfermedad (no de los síntomas), y la aplicación de una terapia tan eficaz como definitiva.

Como podemos ver, hurgar en el pasado con esta actitud tiene el fin de resolver un problema del presente. Porque el historiador es un científico que vive en el presente para mejorar el presente y el futuro. Siguiendo la metáfora, la sola elaboración de análisis clínicos del paciente (recuento de glóbulos rojos, leucocitos, plaquetas, porcentajes de lípidos, glucosa, etc.) sin una historia clínica previa y sin un científico que interprete los análisis, equivale al uso de la estadística —mera herramienta— para diagnosticar

³ Historiografía entendida como el criterio vigente para investigar, conocer y escribir sobre el pasado histórico (el problema epistemológico y el paradigma lingüístico) y como reflexión sobre el ser humano en comunidad en las sociedades del pasado.

⁴ Los fenómenos sociales del pasado son de interés para cualquier disciplina cuyo objeto de estudio sea el ser humano del presente: economía, antropología, sociología, psicología, y quizá la reflexión histórica constituya, por excelencia, la reflexión humanística. En la actualidad es impensable cualquier investigación sobre problemas sociales del presente sin la presencia de un historiador en el equipo multidisciplinario.

⁵ “Problemas” en el sentido metodológico. No hablamos necesariamente de conflictos, sino de conductas o fenómenos sociales perceptibles. Desde luego, no toda historia es social. La paleontología es una historia de la evolución de los seres vivos, y al igual que la historia social, su metodología científica se basa en la noción de la lectura metodológicamente válida del documento o huella del pasado.

problemas sociales. No se contaría con la perspectiva que permitiría situar e interpretar los resultados en el marco de una trayectoria dinámica, como un proceso de naturaleza cultural que hunde sus raíces en el pasado, nos afecta en el presente y se proyecta hacia el futuro.⁶

Hay un caso concreto que me viene a la memoria y que surge de mi experiencia profesional de cuando trabajaba como investigador científico en un centro experimental del INIFAP.⁷ Resulta que este centro gastaba millones de pesos al año para generar nuevas tecnologías —y éstas realmente eran “de punta”— pero en la práctica la inmensa mayoría de los usuarios potenciales no las adoptaban. Aquí había un problema muy concreto y muy actual: un gasto de millones de pesos, y un producto que prácticamente a nadie le interesaba.

El verdadero problema residía en la visión ingenua y un tanto mecanicista de que adolecían muchos de los investigadores, particularmente los que estaban orientados a las ciencias exactas y que desdeñaban la investigación social. Ellos habían escuchado a sus maestros decir que quien estudiaba las “fáciles” carreras humanísticas era porque “no habían podido con las matemáticas”. Su desconocimiento de la naturaleza del ser humano en sociedad, del presente o del pasado, era deplorable. Para ellos, no había diferencia entre las sociedades urbanas, semirurales o rurales. Tampoco conocían el concepto de cultura de clase o de estrato social. Consideraban que si para ellos —ex alumnos de instituciones educativas superiores, profesionistas urbanos con casa propia y coches— era bueno y deseable un producto tecnológico, *necesariamente* tenía que serlo para cualquier otra persona, y más aún para “los pobres”. La estadística solamente les servía para determinar el “potencial mercado” de sus innovaciones. No entendían que cualquier grupo social posee sus propios elementos de atribución de significado y de valoración. Los grupos destinatarios de las nuevas tecnologías valoraban en mucho aquéllas que habían heredado de sus propios abuelos y estaban cerrados al cambio.⁸ Nada extraño cuando iba de por medio la cosecha, el ingreso de todo un año. No era parte de su mentalidad el sentido “capitalista” o consumista del progreso. No les llamaba la atención multiplicar las

⁶ La injusticia social y la mala distribución de la riqueza, aunque afecta a la sociedad del presente, no es un fenómeno que se genere “espontáneamente” en el presente. Por lo regular, en términos de fenómeno social, mientras más recurrente es éste, más antiguo es su origen. Esta es una de las muchas implicaciones de la “larga duración” expuesta por Braudel.

⁷ Instituto Nacional de Investigaciones Forestales y AgroPecuarias.

⁸ Cerrados a la adopción de innovaciones.

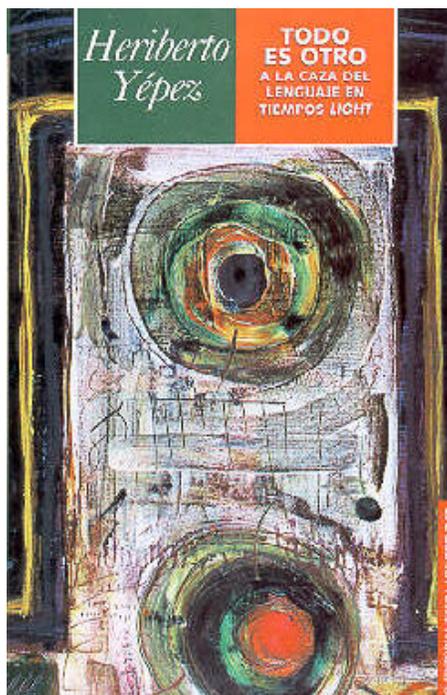
ganancias, sino más bien vivir como lo habían hecho sus ancestros.⁹ Una adecuada investigación histórica podía explicar el origen, naturaleza y contexto de estas conductas sociales y a la vez proponer al centro experimental elementos de retroalimentación. El estudio podía haber evitado las cuantiosas pérdidas económicas que suponía la generación de una tecnología que nadie quería usar. Time is money... el tiempo es dinero... y, en un sentido muy real, sucede lo mismo con la historia: una adecuada inversión para la investigación científica de un fenómeno social en el tiempo, también es oro. Proporciona diagnósticos que abren el camino a soluciones reales. Evita los desembolsos recurrentes que solo sirven para mitigar síntomas (en el mejor de los casos).

Escribir historia científica no es un pasatiempo de ancianos llenos de recuerdos, añoranzas o intereses políticos. Hacer historia es investigar para demostrar, con una metodología válida, cómo ciertos fenómenos de las sociedades del pasado impactan en las conductas o fenómenos sociales de nuestro presente, para bien o para mal. Los fenómenos históricos de larga duración condicionan y pueden comprometer el establecimiento de un desarrollo sustentable. ¿Cómo prometerle a nuestro paciente un futuro saludable a sabiendas de que solamente le curamos los síntomas del momento?

Como decía al principio, también la autodefinición y las propias expectativas cuentan. En México, por desgracia, existe una cultura del “tercermundismo”. Muchas veces sucede que no nos consideramos capaces de generar conocimientos o tecnología como lo hace el “primer mundo”, ni contamos con presupuestos como los de las naciones que lo constituyen. Tal vez. Pero la investigación histórica científica la requiere hasta la nación más pobre con el objeto de entender por qué existen y cómo han evolucionado sus problemas económicos, sociales, religiosos, educativos, etc. hasta el día presente. Hecho esto, los problemas pueden resolverse con eficacia y sin dispendios.

A la vista de la crisis múltiple que padecen México y otras naciones latinoamericanas, lo más económico es la eficacia. Time is money...

⁹ Ni siquiera se menciona el hecho de que muchos de ellos dependían más del Estado Mexicano (vía bancos agrarios o refaccionarios) para sus ingresos que de sus propias cosechas o tecnologías.



EL MOSTRADOR

HERIBERTO YÉPEZ : UN NIÑO DESLUMBRANTE

JAIME MUÑOZ VARGAS¹⁰

En una noche cualquiera de Torreón conocí personalmente a Rogelio Villarreal. Estuvo de visita en la tierra de sus padres para ofrecer una conferencia sobre periodismo cultural y confirmé lo que ya sabía gracias a mi suplementomanía y, en fechas más recientes, gracias a nuestro intercambio de renglones por la vía internética: Rogelio es un toro muy toreado en esas materias y logró que el público se entusiasmara sinceramente con sus opiniones. Al final apenas nos saludamos, pero hubo tiempo para recibir de él un gran obsequio y la promesa de volver a vernos muy pronto en la estepa del Nazas. Esa noche llegué a casa y no pude, como siempre, sustraerme al escrutinio de los libros recién ingresados a mi ya bastante incómodo arsenal: *Escritos heteróclitos* y *Todo es otro. A la caza del lenguaje en*

¹⁰ Jaime Muñoz Vargas tiene la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación y cursó la Maestría en Historia por la UIA-México. Autor de diversas obras galardonadas, y maestro de literatura y periodismo en la UIA-Torreón.

tiempos light, ambos firmados por Heriberto Yépez, par de obras que me permitieron revivir ese hábito casi extraviado entre la monotonía de los años hundidos en la rutina: el deslumbramiento. Hasta entonces, Yépez era una vaga referencia de la joven poesía México-estadounidense —algunas piezas de su *Contrapoesía* me agradaron mucho cuando las conocí—, un nombre perdido en la babélica Tijuana, un amigo weblogero de mi amigo David Miklos, pero nada más. Los libros que me regaló Rogelio reconfiguraron esa imagen y la sustituyeron por esta otra, más cercana al verdadero Yépez: la de un niño prodigio de la crítica, la de un precoz y festivo omnívoro del conocimiento.

Podrá haber otros muchos casos que de momento desconozco, pero Yépez se me reveló como el joven paradigma de la transición entre el autor nacido en la galaxia Gutenbergiana y el actual, el escritor de la era hipertextual. Si el primer tipo de autor — los sesenteros estamos todavía (y estaremos) perfectamente atornillados a esa índole— aprendió que en la vida se podía acumular tanta información como lo permitieran el tamaño de nuestra biblioteca y la capacidad asimilativa de nuestra memoria, el segundo, el yepeciano, es precisamente como una PC con alma, vida y corazón: almacena tal cantidad de datos que rebasa la noción antigua de cosmopolitismo intelectual, todavía bastante aldeana, y la instala en otro rango. Nada hay, parece, que no sepan estos escritores del cada vez más agónico libro y de la todavía flamante supercarretera. Eso, insisto, se puede notar en muchos escritores nacidos en los setenta, pero es este Yépez quien a partir de sus libros deja ver, creo, muy clara la complejidad mental que demanda ahora el reino de este mundo gobernado por Bill Gates, su dolarmillonario pontífice.

Filosofía, literatura, música, periodismo, edición, política, cibernética, pintura, cine, cultura popular, lingüística, geografía, arte alternativo, todo parece ser materia de interés en los textos acuñados por las tentaculares manos de Heriberto Yépez. El amotinamiento de la información total, en un cerebro bien organizado y con un disco duro poderoso como el de este joven, devienen precocidad digna de observación y hasta de miedo. Lo que a cualquier muchacho talentoso de la generación anterior le costaba décadas de estudio y sacrificio y pepena abnegada de información, al octópodo Yépez le costó sólo una pizca de años, ello gracias a su innegable predisposición intelectual y, lo que también me parece importante, al abrumador fluido de información que tiene a merced de su tecnofilia. Eso significa que un antes erudito con dificultad podía lograr esa condición y conservar al alimón su lozanía; el tiempo se encargaba de darle

conocimientos, sí, pero también de hurtarle años y vitalidad, lo que no ocurre con Yépez y los pocos que, cómo él, desde pequeños disponen del aleph hasta en la humildad de un bien aprovechado monitor Alaska, porque de paso se debe agregar que la computadora, y todos los adminículos *soft* y *hard* que ella convoca, no han traído más que tedio y vaciedad a la mayoría de sus usuarios.

En las sucintas notas biográficas de las que puedo disponer solapera y no muy solapadamente, se afirma que Yépez vive en Tijuana, donde nació hacia 1974. Las fichas añaden que es profesor de filosofía en la Universidad Autónoma de Baja California y que en los años recientes ha colaborado en revistas latinoamericanas y estadounidenses. Algunos de sus libros más frescos son *Cuentos para oír y huir al otro lado* (Plaza y Valdés, 2003) y *Todo es atro. A la caza del lenguaje en tiempos light* (Tierra Adentro, 2002), pero a ellos hay que agregar *Por una poética antes del paleolítico y después de la propaganda* (Anortecer, 2000), *Ensayos para un desconcierto y alguna crítica ficción* (UABC, 2001) y el ya mencionado *Escritos heteróclitos*, entre otros de poesía y de traducción que ya, a los apenas treinta años que suma este escritor, lo exhiben como un industria de la grafomanía instalada cual infatigable maquiladora de ideas en la frontera tijuanaense.

HY, como suele firmar, circula pues por las repúblicas literarias y filosóficas en motocicleta, sin prejuicios y como si fuera un joven hablando de muchachas o de fútbol. Su estilo es elástico, se maneja en diferentes diapasones y traza arquitecturas que tienden a un cierto barroquismo expositivo cercano a la escuela de Monsiváis o del neologizante Jorge Ayala Blanco, aunque en otros textos se pone un poco más tieso y sin caer en la segura doctoral camina por una retórica que no está lejos del timbre académico. Además, en sus textos de carácter periodístico sabe chacotear con harta garra y conjuga la palabra callejera y harapienta (como *mafufu*, por ejemplo), con la lujosa de los libros teóricos (como *solipcismo*, también por ejemplo). ¿En cuál tesitura se desempeña mejor? En todas es solvente, pero siento que en ocasiones un cierto engolosinamiento deja las frases algo gasificadas por el tamaño de su opulenta enciclopedia; en otras palabras, le pasa a Yépez, aunque no como enfermedad aguda, lo que a tantos jóvenes de talento abrumador (pienso en el Borges inicial, el Francisco Bustos que Yépez tan atinadamente satirizó). Sin embargo en poco tiempo, creo que muy poco si consideramos la velocidad a la que suele

correr su pluma, sus recursos no pretenderán ser agotados en cada texto y podremos esperar de él una administración más acabada de su diluvial pericia.

Y hay un estilo más: el sentencioso. Como buen filósofo vitalista, como buen pensador a veces asistémico y más bien próximo al decir poético, el ritmo prosístico de Yépez avanza, sobre todo en el aforismo, por las brechas del estilo sentencioso que de inmediato traen a la mente el recuerdo de Cioran.

Se dice (él mismo lo confiesa) que padece de grafomanía. No es sólo eso. La palabra usada así, *grafomanía*, con la desnudez de su simple étimo, no lo define con tino y, antes bien, dado el tufo peyorativo que ella trasuda, lo difama un poco: es un grafómano, en efecto, pero esa enfermedad mezcla la obvia exuberancia cuantitativa con la otra, la exuberancia cualitativa. ¿De qué serviría que escribiera mucho si el producto de su trabajo fuera bobo, aburrido, vacío, baladí? ¿Acaso no abundan infatigables escritores de brocha gorda? Por eso es necesario advertir que Yépez es enemigo del miniaturismo: sus creaciones son siempre grandes de alma y cuerpo, muralísticas. Para decirlo con tono sentencioso: lo bueno, si mucho, diez veces bueno.

Como afirmó Pitol sobre Reyes, "su gusto es ecuménico" y no parece detenerse ante nada. Pantagruel de las ideas, este niño tijuense no se sacia con las comilonas más opíparas. A cada renglón saltan, como conejos de una chistera en apariencia sin control, citas, nombres, fechas y referencias que circulan por sus páginas igual que los coches por la urbe. Es un cosmopolita irrefrenable y, contra la tendencia a la dispersión que siempre es un peligro, tiene una mirada integradora del *puzzle* que es el mundo.

El conocimiento de Yépez forma entonces una cruz: es sincrónico y diacrónico. Así como se zambulle en el pasado y así como anticipa con audacia el porvenir, es capaz de mirar a sus flancos, de ver periscópicamente todo lo que se ofrece en su momento. Ese es, quizá, el más saliente de los rasgos que caracterizan el trabajo intelectual de un hombre con verdadera erudición: su capacidad de ser contemporáneo de todos los hombres, de los vivos, de los muertos e incluso de los que todavía no tienen la desdicha de haber nacido.

Aunado al anterior, otro de los rasgos que mejor define a Yépez es su capacidad penetrativa. ¿Suena demasiado feo? ¿Cómo decirlo de otra manera? El tijuense tiene una espada en las pupilas: lo que ve, lo ve profundamente, con rayos equis, hasta los mismísimos huesos. Es un observador felino, imprevisible. Sus acercamientos no regalan nada: todo lo que afirma se nos entrega permeado por el viento húmedo de la originalidad.

Los temas que parecen agotados (la ufología, por ejemplo) él los refresca como hacen con la chatarra ciertos escultores. Desarmador/armador/innovador, Yépez no se conforma con ver: interpreta, propone, descubre, insinúa, todo con una risilla volteriana en la raíz de sus renglones.

Algunos escritores resultan risibles cuando se afanan por "interpretar" la esencia de lo que tienen frente a sus ojos. Yépez no sólo no es risible, sino que sus palabras tienen siempre un aire de misterioso aplomo, como si el niño le hubiera ganado la carrera a la madurez pero sin caer en la solemnidad o el ceño fruncido de los que han aprendido todo, de los que dictan cátedra con ojos imperativos, de los que creen merecer un estadio abarrotado de discípulos.

Y ya, termino esta anómala recensión que se entretuvo demasiado en ponderar las virtudes que me parecen características en cualquier obra de Yépez. Sólo faltaría decir, para particularizar un poco, que *Todo es otro. A la caza del lenguaje en los tiempos light* muestra las aptitudes de Yépez, es un libro con ensayos (todos) tan hondos como amenos, un dechado de crítica punzante y fresca. Celebro aquí la irrupción de este espléndido creador.

Heriberto Yépez, *Todo es otro. A la caza del lenguaje en los tiempos light*, Fondo Editorial Tierra Adentro no. 247, México, 2002, 214 pp.

DEL ORIGEN DE LA CORRIENTE HUMANISTA EN PSICOLOGÍA

Leonor Paulina Domínguez Valdés¹¹

La corriente humanista en psicología surge como una derivación natural del surgimiento de la psiquiatría existencial que apareció en Europa Occidental durante el periodo de la posguerra, luego de que la humanidad viviera una de las peores tragedias desde su aparición sobre el planeta.

La impronta que la Segunda Guerra Mundial dejó sobre sus sobrevivientes y sobre las generaciones posteriores tuvo repercusiones de una magnitud antes impensable y puso

¹¹ Nuestra colaboradora invitada de este mes posee la Licenciatura en Antropología Social por la UIA-México, Maestría en Desarrollo Humano, UIA-México; y la Maestría en Terapéutica Familiar UIA-Torreón. Actualmente se desempeña como catedrática e investigadora del Departamento de Humanidades de la UIA-Torreón.

a prueba la enorme capacidad de supervivencia de la especie. Así, el eros se impuso al thanatos y la pulsión de vida/libido a la de muerte.

De esa forma, el periodo de la posguerra se caracterizó por el esfuerzo denodado de la humanidad por reconstruir sus países y por reconstruir el mundo; como producto de esa lucha desesperada por renovar la esperanza en la paz, además de la ingente necesidad de dar respuesta a los grandes problemas que la muerte, la enfermedad y la destrucción habían traído consigo, la ciencia y la tecnología tuvieron un avance inusitado.

En el terreno de las ciencias de la salud se hicieron enormes descubrimientos, pues fue entonces cuando urgidos por la necesidad de atender a los millares de heridos y enfermos sobrevivientes de la guerra, y después de un sinnúmero de fracasos, se descubrieron los primeros antibióticos y los primeros psicofármacos, cuya aparición (la de los psicofármacos) obedeció más a un aparente fracaso que a un acierto, pues en el desesperado intento por encontrar mejores y más seguras alternativas anestésicas que pudieran sustituir al cloroformo, se descubrió el medicamento antecesor del diazepam. Con ello se abrió una enorme luz de esperanza para el contingente de enfermos mentales, víctimas de los traumas de guerra que había dejado como saldo semejante holocausto.

Pero las mujeres y los hombres de entonces estaban preocupados y ocupados también por dar respuesta a los tremendos cuestionamientos existenciales que la experiencia de esa magnitud les había planteado. Ello dio lugar al surgimiento de la corriente de pensamiento existencialista en filosofía. Pronto, el mundo encontró un asidero en el cual fincar sus frágiles esperanzas.

Las grandes aportaciones de Buber, Marcel, Heidegger, Kierkegaard, Merleau-Ponty, Schiller, Scheller, Jaspers y Sartre, entre otros, sentaron las bases para el avance de la psiquiatría y la psicología y, con ello, para el surgimiento de la corriente existencialista humanista en dichas disciplinas.

La corriente existencialista en psicología y psiquiatría representó para la sociedad occidental una auténtica respuesta a las grandes interrogantes de los hombres y las mujeres de la segunda mitad del siglo XX y de esta primera década del tercer milenio.

Las mujeres y los hombres de este tiempo sufren de una tremenda angustia que en muchas ocasiones tiene su génesis en la falta de sentido ante la vida, en ausencia de respuestas ante las grandes interrogantes de la humanidad de nuestro tiempo.

La angustia, la depresión, los trastornos histerofóbicos de la sociedad de los años cuarenta y de estos nuevos tiempos de guerra no surgen como producto de la rigidez moral de la época victoriana en la Europa occidental del siglo XIX y principios del XX.

Hoy día, la etiología de los trastornos psicoafectivos responde a realidades socioculturales diferentes, lo que exige un abordaje multifocal que incluya la acción psicoterapéutica, farmacológica y educativa.

Nuestra época demanda rapidez y eficiencia, condiciones *sine qua non* para alcanzar el éxito del que las ciencias de la salud no están exentas. Así, los psicoterapeutas y consejeros han vuelto a mirar con beneplácito a la corriente conductista.

El resurgimiento de las técnicas terapéuticas derivadas de la corriente conductista responde a la necesidad de poner al sujeto en “funcionamiento”, con la menor inversión de tiempo y dinero por parte de éste y con un supuesto margen de garantía de éxito del tratamiento.

Paralelamente al surgimiento de la psicología transpersonal y las demás expresiones de la psicología *light*, han aparecido otras alternativas terapéuticas tales como la corriente racional-emotiva, la cognitivo-conductual y algunas otras que resultan ser un híbrido de la combinación de algunas técnicas gestálticas y programación neurolingüística, entre otras.

La humanidad de nuestro tiempo sufre tremendamente ante la dolorosa indefensión en que se encuentra, sufre ante la incertidumbre constante y ante el reconocimiento de lo contingente que resulta su permanencia en el planeta.

El hombre se cuestiona el sentido de la vida, se cuestiona acerca de la existencia o no existencia de Dios y se reconoce solo, total y absolutamente solo. Se reconoce mortal, falible, frágil, finito y se aterroriza ante el inevitable advenimiento de la vejez y, con ello, de la derrota de su supuesta omnipotencia.

Las demandas del sistema neoliberal han alterado drásticamente la dinámica de la vida social en el planeta y ello ha traído consigo serios problemas en la dinámica de las relaciones interpersonales en el contexto laboral, familiar y social.

Los antiguos paradigmas no responden a las interrogantes de las mujeres y los hombres de esta nueva época y, ante la ausencia de respuestas, su existencia se ha quedado vacía de sentido.

La corriente existencial-humanista en psicología y psiquiatría se ha visto urgida a considerar la naturaleza del conflicto humano desde una perspectiva global, compleja, abarcadora. En virtud de ello, la persona debe ser vista como una unidad indivisible en la cual cada una de las áreas que constituye la esencia de la vida humana guarda una estrecha interdependencia con las otras.

La corriente existencial humanista en psicología es una apuesta seria al desarrollo de la ciencia, ya que sus cimientos descansan sobre las bases de las aportaciones de Karl Gustav Jung, Víctor Emil Frankl, Kurt Goldstein Otto Rank y Erick Fromm (este último, por cierto, contribuyó notablemente al proceso de evolución de la psicología clínica y social y de la antropología psicológica)

La influencia del pensamiento de Carl Rogers, Rollo May, Abraham Maslow y Virginia Satir, entre otros, ha sido sumamente importante en el *continuum* evolutivo de la psicología norteamericana.

Fritz Perls tomó algunos de los elementos de la teoría de la Gestalt creada por Koehler y Koffka, para *aterriarlos* de manera por demás pragmática en una técnica terapéutica que recibe el mismo nombre. La terapia Gestalt ha sido recibida con gran entusiasmo en EUA y en Latinoamérica, no así en el continente europeo.

Vale decir, que la mayoría de los exponentes de la psicología y la psiquiatría existencial-humanista consideran que el hombre tiene una naturaleza espiritual y que siempre debe considerarse como un elemento consubstancial a su naturaleza. No obstante, hoy día (y siempre) existen serias discrepancias en torno a esta última afirmación.

LIBROS DEL ARCHIVO HISTÓRICO JAE

COLECCIÓN LOBO RAMPANTE

pedidos, por favor a: acequias@lag.uia.mx

- 1.- **Una disputa vitivinícola en Parras (1679).** Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 2.- **Censo y estadística de Parras (1825).** Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 3.- **Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdé Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 4.- **Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII.** Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 5.- **Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango (1761-1819).** Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 6.- **Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale.** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 7.- **Viñedos y vendimias de la Nueva Vizcaya. Los cosecheros privilegiados por la Corona Española en el siglo XVIII.** Sergio Antonio Corona Páez \$ 35.00

Ahora Ud. puede leer estas obras en nuestra biblioteca virtual:

<http://sitio.lag.uia.mx/publico/servicios/archivohistorico/archivo1/ArcHistorico/loborampante/loborampante.htm>